

# **Antología de Historia**

**JORGE NÚÑEZ S.,  
COMPILADOR**

© 2000, **FLACSO, Sede Ecuador**

Páez N19-26 y Patria, Quito – Ecuador

Tel.: (593-2-) 232030

Fax: (593-2) 566139

ILDIS, Fundación Friedrich Ebert

Calama 354 y Juan León Mera

Telefax: (593-2) 231620

ISBN Serie: 9978-67-049-1

ISBN Obra: 9978-67-051-3

Compilador: Jorge Núñez S.

Coordinación editorial: Alicia Torres

Edición de textos y gestión editorial: Cecilia Ortiz

Diseño de portada: Antonio Mena

Diseño y diagramación: RISPERGRAF

Quito, Ecuador, 2000

## ÍNDICE

### ESTUDIO INTRODUCTORIO

- La actual historiografía ecuatoriana y ecuatorianista  
*Jorge Núñez Sánchez* 9

### BIBLIOGRAFÍA TEMÁTICA 51

### ARTÍCULOS

- La relación Iglesia-Estado en el Ecuador del siglo XIX  
*Enrique Ayala Mora* 65
- El paisaje urbano de Guayaquil  
*José Antonio Gómez* 95
- Quito: imágenes e imagineros barrocos  
*Alexandra Kennedy Troya* 109
- De la beneficencia de antaño a la auténtica caridad  
*Eduardo Kingman* 125
- La vida en los monasterios femeninos quiteños  
*Jenny Londoño López* 149
- Los mestizos, los artesanos y la modernización en el Quito  
de inicios del siglo XX  
*Milton Luna Tamayo* 167
- Los libros matrimoniales del periodo hispánico y  
la investigación histórica  
*Jorge Moreno Egas* 183

Inicios de la educación pública en el Ecuador <i>Jorge Núñez Sánchez</i>	189
La conformación del Estado Nacional desde la perspectiva del pensamiento ilustrado y romántico ecuatoriano <i>Carlos Paladines</i>	213
Fray Vicente Solano y el pensamiento conservador en Ecuador <i>Juan J. Paz y Miño Cepeda</i>	227
El poder informal. Mujeres de Quito en el siglo XVII <i>Pilar Ponce Leiva</i>	241
Obrajeros y comerciantes en Riobamba (s. XVII) <i>Guadalupe Soasti</i>	257
Los rasgos de la configuración social en la Audiencia de Quito <i>Rosemarie Terán Najas</i>	279
Poder central y poder local en el primer período republicano <i>Patricio Ycaza</i>	289

# La actual historiografía ecuatoriana y ecuatorianista

JORGE NÚÑEZ SÁNCHEZ

Si nuestra historiografía republicana del siglo XIX se caracterizó por ser uno de los espacios fundamentales del apasionado enfrentamiento ideológico entre liberales y conservadores, la del siglo XX nació marcada por la influencia del positivismo histórico y tuvo su signo mayor en la búsqueda de una objetividad profesional, basada en el manejo e interpretación de la documentación de archivo.

El abanderado de la nueva tendencia fue monseñor Federico González Suárez, sin duda uno de nuestros mayores historiadores. Este notable investigador trabajó largos años en los archivos ecuatorianos y españoles, tras el objetivo de escribir su ambiciosa ‘Historia General de la República del Ecuador’, pero, infelizmente, las limitaciones de su vida y las tareas de la prelatura eclesiástica no le dieron tiempo para concluir su obra, que se quedó en el período colonial y nunca llegó a la soñada etapa republicana. Su ‘Historia...’ tiene también otra limitación significativa: al ser una obra inspirada en los viejos conceptos coloniales, según los cuales la Iglesia era el eje de la vida social y cultural de los pueblos, puso énfasis en los aspectos de la historia eclesiástica y opacó los propios de la historia civil, al punto de ser denominada por el historiador español Marcos Jiménez de la Espada –contemporáneo del arzobispo - historiador- como “Historia Eclesiástica del Ecuador” (1897 t.III: 17).

Pese a ello, es una obra de gran significación para la historiografía ecuatoriana, puesto que es el resultado del primer ejercicio sistemático de investigación en fuentes documentales, en oposición a la ‘historiografía de opiniones’, apasionada y partidista, que hasta entonces había florecido en

el país. Es, pues, la primera gran obra de corte positivista que se escribe en el Ecuador republicano y por lo mismo, marca un hito importante en la evolución de la historiografía ecuatoriana, aunque ello no signifique que todo lo anterior haya sido literatura histórica partidaria, ni que todo lo posterior –incluido lo escrito por muchos discípulos de González Suárez– haya sido elaboración intelectual de valor científico; pero el hecho cierto es que la obra del gran arzobispo pasó a convertirse en un referente obligado del modo de investigar y escribir la historia en el país.

Creación de González Suárez fue también la ‘Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos’, fundada el 24 de julio de 1909, que congregó a toda la brillante intelectualidad conservadora de su tiempo, acosada entonces por las transformaciones políticas, ideológicas y sociales efectuadas por el liberalismo triunfante. Entre sus socios fundadores figuraron algunos jóvenes discípulos de González Suárez y otros destacados intelectuales de la aristocracia terrateniente: Luis Felipe Borja, Alfredo Flores Caamaño, Cristóbal de Gangotena y Jijón, Jacinto Jijón y Caamaño, Carlos Manuel Larrea, Aníbal Viteri Lafronte, Juan León Mera y José Gabriel Navarro.

La fundación de esta Sociedad tuvo como motivación explícita la promoción de los estudios históricos bajo las concepciones científicas del positivismo, pero el año de fundación y la nómina de socios revela a las claras que en este hecho existía también un trasfondo político local. En síntesis, lo cierto es que el triunfo de la Revolución Alfarista de 1895 y la aplicación, por parte de los gobiernos liberales, de una serie de avanzadas reformas, habían afectado gravemente la hegemonía ideológica del bloque conservador, dirigido por la Iglesia y los núcleos terratenientes, por lo que la constitución de este cenáculo intelectual venía a ser, en la práctica, una respuesta cultural a la avalancha política del liberalismo.

El nacimiento de la Sociedad fue paralelo al desarrollo del segundo y más radical período de gobierno del general Eloy Alfaro, durante el cual se promulgó la Constitución de 1906, que estableció la separación absoluta del Estado y la Iglesia y la supresión de la religión oficial; consagró definitivamente el sistema de educación ‘pública, laica y gratuita’ y la libertad de enseñanza; estableció la absoluta libertad de conciencia; prohibió las candidaturas electorales de los ministros de cualquier culto, y comprometió la protección oficial para la raza india y la acción tutelar del Estado “para impedir los abusos del concertaje”. Además, el surgimiento de es-

ta sociedad científica se dio en medio del recrudecimiento de la guerra civil conservadora contra el régimen liberal, entre cuyos eventos constan el alzamiento del Coronel Antonio Vega Muñoz en el Azuay (1906), que concluyera con su muerte; los motines universitarios de Quito, desbaratados a balazos por la fuerza pública (1907), y una desafortada campaña de la prensa opositora. Por fin, la nueva entidad nació a poco de que el régimen alfarista promulgara la nueva Ley de Beneficencia, por la que se declaraban de propiedad del Estado “todos los bienes raíces de las comunidades religiosas establecidas en la República”, asignando sus rentas a la Beneficencia Pública.

Así pues, acosado y vencido en los campos político y militar, el bloque conservador de historiadores buscó refugio en el ámbito de la ciencia y la cultura, quizá con la esperanza de sentar las bases para un futuro rescate de su antigua influencia ideológica. Esa misma debilidad política explica que en 1915 la Sociedad invitara a integrarse en su seno al historiador liberal y maestro laico Celiano Monge y al moderado Isaac J. Barrera. Dos años más tarde, en diciembre de 1917, moría González Suárez, y asumía la dirección de la Sociedad el líder conservador Jacinto Jijón y Camaño, que se convirtió no solo en su director sino también en su mecenas, pues la entidad funcionaba en su casa y de su peculio, se financiaba el Boletín cuya publicación se iniciara en 1918. Ese mismo año ingresaron a la organización Julio Tobar Donoso, para entonces una joven promesa intelectual de la derecha, y Homero Viteri Lafronte, quien reemplazó a su difunto hermano Aníbal.

En 1920, la Sociedad cambió su nombre por el de ‘Academia Nacional de Historia’ y como tal fue reconocida por el Congreso Nacional, aunque conservara su original carácter de cenáculo del más conspicuo tradicionalismo social e ideológico. Empero, hay que reconocerle el mérito de haber contribuido a superar la etapa de la ‘historia indocumentada’ e iniciar aquella de la ‘historia documental’, es decir, la que se construye a partir de las fuentes históricas primarias y con base en una sostenida investigación de archivo. Otro de sus logros de importancia radica en la pervivencia tesonera y digna de la publicación del ‘Boletín de la Academia Nacional de Historia’, hoy por hoy la más antigua revista cultural ecuatoriana y una invaluable fuente de consulta historiográfica.

Con su primera generación intelectual, la Academia ganó indiscutido prestigio, sobre todo por los notables aportes científicos de Jijón en los

campos arqueológico y antropológico; los también importantes de Larrea en los temas históricos; de Gangotena en la genealogía (campo siempre muy grato a la derecha aristocrática) y la crónica histórica, y Monge en la historia política y pedagógica. Tras esta generación fundacional, la Academia tuvo una segunda de no menor importancia, en la que destacaron Tobar Donoso (historia política, religiosa y de relaciones internacionales), Viteri Lafronte (estudios territoriales), José Gabriel Navarro (historia del arte colonial y republicano) e Isaac J. Barrera (historia cultural y política), quien actuara como director de la institución por un largo período y fuera un verdadero ‘vigía mayor de nuestra cultura’. Sus grandes animadores, en las últimas décadas han sido Luis Alfonso Ortiz Bilbao (†), Jorge Salvador Lara, el Padre José María Vargas(†), don Luis Andrade Reimers y el Padre Jorge Villalba.

Se nota recientemente en la Academia, una apertura aún tímida hacia nuevas corrientes historiográficas y nuevos historiadores. Ello marca una voluntad de renovación, pero también revela el agotamiento vital de la última generación de historiadores tradicionales, varios de los cuales han muerto en los últimos años sin dejar sucesores intelectuales (Luis Alfonso Ortiz Bilbao, José Roberto Páez, Ricardo Descalzi, José María Vargas, entre otros).

Casi paralelamente a la Academia Nacional, se organizaron en otras ciudades del país centros de estudios historiográficos que alcanzaron importancia. En 1920 se fundó el ‘Centro de Estudios Históricos y Geográficos’ de Cuenca, promovido por el sacerdote y activo político Julio María Matovelle, del que formaron parte intelectuales de la talla de Remigio Crespo Toral, Octavio Cordero Palacios, Ricardo Márquez Tapia, fray Alfonso María Jerves y Ezequiel Márquez. De carácter social y orientación ideológica similar a la Academia, compartió con ésta su vocación por el positivismo histórico. La publicación de su Boletín se inició en 1921.

Otro núcleo de estudios historiográficos lo constituyeron el ‘Centro de Investigaciones Históricas’ de Guayaquil, promovido y animado por el notable historiador Carlos A. Rolando y por Gustavo Monroy Garaicoa, e integrado por Modesto Chávez Franco, Pedro Robles Chambers, José Antonio Campos y J. J. Pino de Ycaza, entre otros. Su integración social y orientación política correspondieron a las realidades históricas y sociales prevaecientes en el puerto. Allí compartieron membresía quienes genéricamente podían calificarse como ‘liberales de vocación positivista’, aunque



algunos de ellos –como Rolando, Campos o Destruge– fueran pensadores progresistas y de acusada preocupación por los temas políticos, sociales y culturales, mientras que otros –como los hermanos Robles Chambers– se orientaran más bien a la genealogía y al rescate de blasones aristocráticos. El Boletín de esta institución salió a luz en 1931.

### **Errores y limitaciones de la hisotriografía positivista**

Durante más de seis décadas, la historiografía positivista reinó a sus anchas y casi sin contrapeso en el Ecuador, marcó un estilo de investigar y escribir la historia que ha dejado su impronta hasta nuestros días. Lo que es más: si bien sus primeros cultores fueron los jóvenes intelectuales conservadores, más tarde se unieron a ellos pensadores procedentes del bando liberal e inclusive de las filas del socialismo -naciente para entonces en el medio-, lo cual generó variables interpretativas y multiplicó estilos literarios, pero en general, fortaleció a la corriente positivista en su conjunto.

¿Cuáles fueron los rasgos de identificación de la historiografía positivista ecuatoriana?

Si tomamos como referente fundamental la tendencia historiográfica nucleada en la Academia Nacional de Historia y sus émulos regionales, o en la Sociedad Bolivariana del Ecuador, encontramos entre sus características generales, las siguientes:

1. Desmesurado culto al héroe.
2. Estrecha vinculación con el Estado y las clases dirigentes.
3. Generalizado empirismo y ‘fetichismo documental’.
4. Evidente pobreza temática.

Como se conoce, para la historiografía tradicional los protagonistas fundamentales de la historia son los grandes personajes. Sobresalen entre ellos los héroes, quienes vistos a su vez como arquetipos sociales, como representantes de una voluntad inmanente y superior (la divinidad) que, a través de ellos, orienta el proceso inconsciente de la historia. En América Latina, nuevo mundo de naciones republicanas surgido como resultado de una de las primeras luchas anticolonialistas de la historia moderna, el ‘culto al héroe’ se desarrolló alrededor de los grandes líderes de la lucha de Independencia. En cierto sentido, era comprensible que esto sucedie-

pues las nuevas naciones, recién nacidas a la vida independiente y sin tradiciones que sustentaran una conciencia colectiva, requerían de símbolos visibles sobre los cuales fundar su identidad. Pero ese mismo culto patriótico, llevado hasta sus mayores extremos, devino en una especie de religión cívica, que llegó a contar con sus propias sociedades cultoras (bolivarianas, sanmartinianas, etc.), con sacerdotes oficiantes (los historiadores–biógrafos), con imágenes sacras (monumentos, retratos) y con una particular parafernalia (monedas, medallas, etc.).

Siguiendo a Hegel y su ‘teoría del héroe’, Jacinto Jijón y Caamaño escribió: “El culto a los héroes simboliza los vínculos que unen a la nación con su historia” (1929 t.1: 51-53).

De modo inevitable, una historiografía elaborada a partir de tales concepciones debía concluir mostrando un remedo de la realidad histórica, una visión reduccionista y prejuiciada del pasado. Limitado el escenario histórico al quehacer político y el protagonismo histórico a los ‘grandes personajes’, la historia de cada nación quedó reducida a la crónica político–militar. En el caso de nuestra América, la historia de algunos países –como dijera el historiador boliviano Roberto Prudencio “quedó reducida a la historia del palacio de gobierno”. (Citado por Crespo Rodas 1989: 205).

Todo lo que no cuadrara con ese reduccionista esquema ideológico, simplemente dejaba de ser motivo de preocupación para los historiadores y quedaba fuera de la historiografía: luchas sociales, fenómenos económicos, procesos culturales, movimientos regionales, acciones de las gentes del común, etc. En la misma época en que los ferrocarriles y los barcos de vapor vinculaban a un número cada vez mayor de gentes y naciones, en que las máquinas revolucionaban la producción y el colonialismo ampliaba progresivamente el área de influencia del capitalismo occidental, la historiografía erudita seguía encerrada en su alta cima de brumas, preocupándose exclusivamente de la crónica del poder y justificando el ejercicio de ese poder por parte de las clases dirigentes.

La otra gran limitación de la historiografía positivista ha sido su generalizado empirismo. No nos referimos con esto a la falta de formación profesional de la mayoría de sus cultores (comúnmente abogados, sacerdotes o maestros ‘aficionados a la Historia’), sino a su carencia de audacia intelectual y de reflexión teórica, que les impidió emprender en búsquedas intelectuales que no fueran las ya conocidas, adentrarse en rutas de investigación todavía inexploradas o cuestionar la validez e ‘historicidad del do-

cumento', que dejó de ser fuente de investigación para convertirse en una suerte de fetiche.

Obviamente, sin audacia intelectual no hay innovación y sin teoría no hay ciencia posible. Por ello, el mejor resultado de la historiografía positivista ecuatoriana fue un formidable acopio de datos ... sobre los mismos temas de siempre convertidos, finalmente en verdaderos 'nudos historiográficos': la Conquista, la Independencia, el floreanismo, el garcianismo, la Revolución Liberal, los problemas limítrofes. Y ello para no hablar de otros resultados de aquella historiografía, tales como la cansina glosa de datos y opiniones ajenos (con que se pretendió reemplazar la falta de investigación o la carencia de nueva información sobre algún tema) o la obsesión por la búsqueda y memorización de fechas, que terminó por reemplazar el análisis de los fenómenos.

### **La renovación historiográfica**

Ante tan poco estimulante panorama, se volvía imprescindible una profunda y generalizada renovación historiográfica, que tendiera a la búsqueda de un creciente nivel científico en los estudios históricos y estimulara la profesionalización de la labor investigativa. A su vez, todo ello debía reflejarse en la producción de una nueva bibliografía y en un enriquecimiento general de los conocimientos sobre el pasado nacional, toda vez que la historia es la más popular de las ciencias sociales, por lo que rebasa normalmente el ámbito de los círculos especializados y concita el interés de toda la ciudadanía.

El desarrollo de una moderna historiografía ecuatoriana, que las gentes de mi generación asumimos originalmente con mucho voluntarismo, habría de revelársenos en la práctica como una tarea de largo plazo, tanto más cuanto partíamos de una muy endeble base institucional, contábamos con pocos recursos humanos, técnicos y materiales, y debíamos superar la inercia y resistencia de la vieja historiografía. Entre los puntos a nuestro favor contábamos con el entusiasmo de la juventud y el apoyo de unos poquísimos pero valiosos historiadores de la vieja escuela.

La buscada renovación de los estudios históricos tuvo un notable antecedente en 1971, cuando el destacado científico social Agustín Cueva, recientemente fallecido, publicó su libro 'El proceso de dominación política

en el Ecuador', que lograra una mención de honor en el Concurso de Ensayo 'Casa de las Américas'. A ello siguió la aparición de otras dos obras matinales de las ciencias sociales ecuatorianas: 'Ecuador: pasado y presente' (1975), del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Central, y 'Ecuador subdesarrollo y dependencia', de Fernando Velasco Abad.

Desde luego, no fue casual que el alumbramiento de la moderna historiografía ecuatoriana haya correspondido a los sociólogos y no a los historiadores. Y no lo fue por varias razones: una, el momento histórico que vivía América Latina, tras el formidable remezón de la Revolución Cubana, que generó en las vanguardias intelectuales de América Latina una notoria preferencia por la sociología, la politología o la economía, antes que por la historia; otra, el carácter empírico y extremadamente conservador que por entonces tenía en el Ecuador el mundo de los historiadores, integrado por gentes identificadas con el más conspicuo tradicionalismo social y político.

Pero la intrínseca importancia que revestía el análisis histórico para un mejor conocimiento de nuestra sociedad nacional determinó que, de entre la misma vanguardia intelectual de izquierda, surgiera en el Ecuador una nueva corriente historiográfica, que buscó revisar las viejas concepciones e incorporar nuevos temas y perspectivas de estudio.

Hecho importante para la historiografía ecuatoriana fue, por aquellos años, la creación del Instituto de Investigaciones Regionales de la Universidad de Cuenca -IIRDUC-, posteriormente denominado Instituto de Investigaciones Sociales -IDIS-, que dio un impulso a la investigación histórica, gracias a la presencia de algunos intelectuales argentinos y chilenos llegados con los vientos del exilio.<sup>1</sup> Así, a partir de 1978 se institucionalizó en Cuenca el 'Encuentro de Historia y Realidad Económica y Social del Ecuador', que tendría nuevas reuniones en los años 1980, 1986, 1989 y 1991, convirtiéndose en un importante espacio de análisis y coordinación del trabajo de los científicos sociales del país. Y es que, salvo excepciones, durante los años setenta no se produjo en el Ecuador una clara diferenciación entre la investigación histórica y el trabajo sociológico, tanto por la

---

1 A riesgo de olvidar algunos nombres, mencionamos los de Horacio Cerutti Guldberg, Silvia Palomeque, María Cristina Cárdenas y Gerardo Aceituno.

carencia de una verdadera tradición de profesionalismo entre los historiadores, cuanto por el interés que había, de parte de los partidos de izquierda, en utilizar la ‘interpretación histórica’ como elemento de justificación y consagración de sus contrapuestas corrientes políticas.

Carente de escuelas universitarias de Historia, afectado por una pobreza de publicaciones especializadas y una general carencia de rigor en los estudios e investigaciones, el mundo de los historiadores estaba en total crisis. El único gran historiador superviviente de las anteriores generaciones era, paradójicamente, un notable autodidacta y afamado literato, cuya obra intelectual se había desarrollado al margen de las empobrecidas Academias de la Historia y de la Lengua y, en esencia, a contrapelo de éstas: don Alfredo Pareja Diezcanseco.

Esta realidad preexistente determinó que la irrupción del ‘sociologismo histórico’ –que aportaba con nuevas inquietudes y herramientas metodológicas al quehacer historiográfico, pero que por otro lado, despreciaba la investigación de archivo y privilegiaba un interminable debate acerca de categorías y conceptos teóricos – no tuviera contrapeso alguno y que los nuevos estudiosos de la historia ecuatoriana no pudieran contar con una adecuada formación u orientación profesional, ni debieran enfrentar una exigente emulación generacional. Sería solo más tarde, bajo los impulsos de profesionalización de la naciente nueva escuela historiográfica, que los estudios históricos lograrían adquirir una creciente autonomía teórico–metodológica y liberarse progresivamente del sociologismo, aunque conservando en buena medida, el bagaje instrumental aportado por éste.

Uno de los primeros pasos hacia la profesionalización de los historiadores fue la creación, en 1986, de la Asociación de Historiadores del Ecuador -ADHIEC-, filial ecuatoriana de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe -ADHILAC-. Dadas las circunstancias expuestas, la nueva asociación se integró por científicos sociales de las más diversas especialidades, lo que en el futuro se mostraría como una traba al desarrollo de la Asociación.

A su vez, en Quito se abría un nuevo espacio para la reflexión histórica con la creación del ‘Encuentro Nacional de Historia’ (1980), evento que en el futuro tendría una convocatoria anual.

También constituiría un importante estímulo al desarrollo de la historiografía ecuatoriana la radicación en Ecuador de la Secretaría Ejecuti-

va de la ADHILAC. Ello estimuló la creación de la ADHIEC y, a través de varias actividades de promoción, contribuyó a estimular la investigación histórica, la publicación de sus resultados, y a difundir en el país la historiografía latinoamericana o 'latinoamericanista' más reciente. El 'Octavo Encuentro de Historia Nacional' (1991) fue paralelamente el 'Primer Encuentro de Historia Andina' y contó con la participación de historiadores latinoamericanos y de latinoamericanistas europeos. Cabe resaltar que a través de los 'Encuentros de Historia Nacional', se buscó trabajar en torno a la profesionalización de los profesores de Historia y Ciencias Sociales, para conseguir una mejor calidad de la enseñanza en estos campos.

Más tarde, descontinuado el 'Encuentro de Historia Nacional', tomó la posta el 'Congreso Ecuatoriano de Historia', evento bienal organizado por la ADHIEC, la Sección Académica de Historia y Geografía de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y la Universidad Andina 'Simón Bolívar' -UASB-, que hasta el momento se ha reunido en dos oportunidades (1993 y 1995),<sup>2</sup> con creciente éxito. En la última de ellas, hubo 175 asistentes, entre ponentes, coordinadores, moderadores y profesores de historia; ellos provinieron de las diferentes provincias del Ecuador y de otros 7 países de América y Europa. En ambas ocasiones, la Secretaría Ejecutiva del evento estuvo a cargo del Taller de Estudios Históricos -TEHIS-, un organismo constituido por jóvenes historiadores profesionales. En la primera oportunidad, participó también en esta instancia, el Instituto de Historia y Antropología Andinas MARKA en cuyo seno trabajan de forma interdisciplinaria, historiadores y antropólogos.

## Influencias y orientaciones

En la circunstancia descrita, la nueva producción historiográfica ecuatoriana obedeció a diversas influencias teóricas y orientaciones metodológicas. Una influencia notoria fue la del marxismo, precisamente porque aportaba una visión estructural de la sociedad nacional y mundial, capaz de dar respuestas a una ya endémica situación continental de atraso y de-

---

2 *N. de la E.* En noviembre 1998 tuvo lugar un 'Tercer Congreso Ecuatoriano de Historia', cuyo tema central giró en torno a la enseñanza de la historia.

pendencia, que la Revolución Cubana se había encargado de revelar en toda su angustiada magnitud. Pero, en general, la ‘vulgata marxista’ en uso estuvo cargada de un aberrante reduccionismo, que privilegiaba a las clases y sus luchas como únicas fuerzas motrices de la historia, e ignoraba deliberadamente todo movimiento social producido al margen de las clases e inclusive el de las etnias y nacionalidades minoritarias, que en países pluriétnicos y pluriculturales, como son los latinoamericanos, tienen una notable importancia histórica.

Influencias significativas han sido también las de la escuela francesa de los Anales, la de la historiografía anglosajona y la de la escuela latinoamericana de historia de las ideas, encaminada esta última por estudiosos como Leopoldo Zea, Arturo Andrés Roig y Rodolfo Agoglia. Roig y Agoglia residieron en Ecuador durante su largo exilio político.<sup>3</sup> Todas esas influencias se concretaron particularmente en la orientación de los grupos de estudio, centros de investigación y líneas editoriales constituidos en el país desde fines de los setenta.

## Viejas y nuevas especialidades

### *La historia política*

Tradicionalmente vigorosa en el país, alcanzó en el período algunos logros notables, que pueden resumirse en tres: la superación de la cronología tradicional, el abandono de la ‘historiografía partidista’ y un enriquecimiento temático que buscaba dejar atrás los ‘grandes nudos historiográficos’. En ese marco, una primera clarinada vino con la publicación de dos libros ya ‘clásicos’ en este campo: ‘El poder político en el Ecuador’, de Osvaldo Hurtado Larrea, un científico social democristiano, que en el futuro sería Presidente de la República, y ‘Lucha política y origen de los partidos en el Ecuador’, de Enrique Ayala Mora. A su vez, desde la sociología llegó el

---

3 Durante su estancia en el país, Roig fundó y dirigió el Centro de Estudios Latinoamericanos -CELA- de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador -PUCE-, desarrolló y publicó algunos importantes estudios sobre el pensamiento latinoamericano y ecuatoriano.

mo año un interesante aporte con la publicación del libro de Augusto Varas y Fernando Bustamante ‘Fuerzas Armadas y política en el Ecuador’.

A partir de entonces se desarrolló vigorosamente esta especialidad, ofreciendo logros de diversa magnitud. Entre los autores destacamos los nombres de Elías Muñoz Vicuña, Manuel Medina Castro y Julio Estrada Icaza, pertenecientes a una generación anterior, y los de Patricio Martínez Jaime, Juan Paz y Miño, Jorge Núñez, Francisco Dávila Aldás, Pilar Ponce Leiva, Silvia Vega Ugalde, Wellington Paredes, Alexei Páez. Últimamente, la pareja intelectual y afectiva formada por Erika Silva y Rafael Quintero lanzó su ambiciosa obra ‘Ecuador: una nación en ciernes’, que busca explicar la historia ecuatoriana desde la perspectiva de la cuestión nacional.

Nuevos temas y nuevas perspectivas de análisis han enriquecido el tratamiento de la historia política contemporánea. Uno de ellos ha sido el del *populismo*, que por su misma notoria gravitación en la vida nacional mantiene una permanente novedad en el ámbito intelectual. Hasta hace poco, el tratamiento de este tema ha estado casi exclusivamente en manos de sociólogos: lo inició Agustín Cueva –que, también en esto, marcó una huella pionera– con un breve pero fundamental estudio sobre el velasquismo; posteriormente saldrían a luz los trabajos de Rafael Quintero, Pablo Cuví y otros. En los últimos años, el tema del populismo ha sido rescatado para la historia política por Juan Paz y Miño, mientras que Juan Manguashca lo ha analizado desde la perspectiva de la diferenciación económica regional y sus consecuencias sociales.

Otros temas que han atraído la atención de los historiadores han sido la *historia de los partidos políticos* (Ayala, Núñez), el *período constitutivo del Estado ecuatoriano* (Núñez, Vega Ugalde), y las revoluciones y revueltas populares (Muñoz Vicuña, Estrada Icaza, Martínez, Vega Ugalde). El tema del *dictador*, que tanto ha marcado la cultura latinoamericana de los últimos dos siglos, sigue interesando a la literatura y a la sociología, aunque en menor medida a la historia, desde la cual ha aflorado últimamente un excelente estudio de Pilar Ponce Leiva sobre Gabriel García Moreno, y otro de Gonzalo Ortiz Crespo sobre el ‘febrescorderato’, este último a medio camino entre la crónica y la historia inmediata. En líneas generales, el tema del *Estado* y su historicidad se ha mostrado particularmente atractivo para los sociólogos, y en especial para Osvaldo Hurtado, Patricio Moncayo, Rafael Quintero, Erika Silva, Alejandro Moreano, José María Egas y Daniel Granda.



No podemos cerrar este capítulo, sin mencionar ciertos importantes estudios históricos sobre las *Fuerzas Armadas* publicados en el período que nos ocupa: ‘Las Fuerzas Armadas: de la Revolución Alfarista al Movimiento Juliano’, del General Paco Moncayo Gallegos, y ‘Las Fuerzas Armadas Ecuatorianas: paz y desarrollo’, del Coronel Alberto Molina Flores, que analizan desde adentro y con una perspectiva sociopolítica, la evolución institucional de los cuerpos militares, sus acciones y orientaciones políticas y la mentalidad antioligárquica que las sustenta.

### *La historia de lo social*

Una de las nuevas especialidades desarrolladas en el período ha sido la historia de lo social, que se iniciara en los años sesenta con la obra pionera de dos etnohistoriadores, los esposos Piedad y Alfredo Costales, del historiador autodidacta Oswaldo Albornoz Peralta y del sociólogo Jaime Galarza Zavala. Posteriormente, esta especialidad se desarrolló en el país bajo el impulso teórico del marxismo, de la etnología y de la escuela inglesa de historia social. Entre los autores de nueva generación podemos mencionar a Andrés Guerrero, Manuel Chiriboga, Patricio Martínez, Jorge Trujillo, Hernán Ibarra, Leonardo Espinoza, Claudio Cordero, Jorge Núñez, Patricio Ycaza, Juan Paz y Miño, Lucas Achig y Milton Luna, en cuya labor intelectual se puede detectar una combinación de influencias teóricas y una búsqueda de nuevas rutas metodológicas hacia la aprehensión de los rasgos esenciales de la vida colectiva. En los últimos años, han incurrido en este ámbito algunos jóvenes historiadores, como Patricia de la Torre, Rosario Coronel Feijóo, Silvia Benítez, Guillermo Bustos y Rocío Rueda. Tamara Estupiñán ha producido un importante estudio de *historia de la familia*, que marca un hito metodológico en la especialidad.

En el ámbito temático, el *sistema de dominación y las clases dominantes* han merecido un particular interés de los nuevos historiadores. También ha convocado de forma notoria la *historia de la oligarquía* y ello ha estado motivado, obviamente, por la fuerza y persistencia del poder oligárquico en el país. Entre los variados trabajos historiográficos que el tema ha suscitado, los hay sobre la *oligarquía ecuatoriana* en general (Núñez), sobre las *oligarquías regionales* en particular (R. Guerrero, Trujillo), sobre la *política y el discurso oligárquico* (Martínez), y sobre las *relaciones*

*sociales al interior del sistema de hacienda* (Chiriboga, A. Guerrero, Patricia De la Torre).<sup>4</sup> Paralelamente, se han desarrollado unos pocos estudios sobre la *clase burguesa* (R. Guerrero, Luna).

La *historia del movimiento obrero* mereció en el período reseñado una especial atención de los historiadores, llegando a convertirse en uno de los nuevos ‘temas centrales’ de la historiografía ecuatoriana. Sin otro antecedente que los estudios del dirigente comunista Pedro Saad, sobre la Confederación de Trabajadores del Ecuador -CTE-, algunos historiadores de la nueva generación se empeñaron en estudiar la *historia de las organizaciones laborales* en el siglo XX. Así se desarrollaron y publicaron importantes obras generales, como las de Patricio Ycaza, Jaime Durán Barba y Oswaldo Albornoz Peralta, y ensayos sobre temas especializados, como los de Alexei Páez, Jorge León y Jorge Oviedo. También se constituyeron equipos de estudio, tales como el que formó el IDIS, bajo la dirección de Leonardo Espinoza, con participación de Juan Paz y Miño, Manuel Medina Castro, Lucas Achig y Jorge Núñez.

Este variado esfuerzo ha permitido ampliar sustancialmente el conocimiento preexistente sobre el movimiento obrero ecuatoriano, sus organizaciones y luchas. Empero, ha adolecido en general de las distorsiones propias de una visión política interesada, en vista de que la mayoría de historiadores del movimiento obrero ha estado vinculada a las diversas organizaciones sindicales y se ha empeñado en destacar las acciones o planteamientos de una u otra tendencias. Por el mismo motivo, se han sobredimensionado algunos fenómenos o dejado de lado temas o períodos de estudio carentes de interés directamente político. Una notable excepción ha constituido el trabajo de Patricio Martínez Jaime sobre la insurrección popular de noviembre de 1922, por la profesionalidad del estudio realizado y por la nueva perspectiva que abrió al incorporar el análisis del discurso político.

---

4 *N. de la E.*: Desde 1996, se desarrolla en la PUCE la Maestría en Ciencias Políticas. Allí se trabajan planteamientos en torno al análisis del cambio institucional y reforma del Estado para la descentralización. Un equipo de trabajo se detiene a estudiar el comportamiento y composición de los sectores dominantes, en su afán por entender la presencia de las estructuras que perviven en la sociedad ecuatoriana desde el nacimiento del Ecuador como entidad independiente.

En general, tanto por los planteamientos como por los resultados, podemos concluir que el desarrollo de la historia de lo social recreó el escenario visible del pasado ecuatoriano. Al incluir en el panorama historiográfico nuevos temas de interés, categorías de análisis y formulaciones metodológicas, e inclusive nuevas técnicas de investigación, consiguió que éste dejara de estar poblado únicamente por conquistadores, santos, héroes, caudillos, dictadores y líderes políticos, para pasar a enriquecerse con la presencia de los actores sociales: clases, etnias, categorías sociales y profesionales, masas populares y sectores sociales subordinados o marginados de la historia (indios, cholos, trabajadores, mujeres). Gracias a la irrupción de estas nuevas perspectivas de análisis, la historia dejó de ser un escenario político para convertirse en un escenario social, donde las fuerzas motoras del movimiento histórico ya no serían las ideas de los líderes, las confrontaciones de las individualidades palaciegas o los conflictos partidarios, sino los intereses, anhelos o pasiones colectivos, enfrentados en luchas clasistas, interclasistas, interétnicas o regionalistas.

Consideramos necesario referirnos al gran impulso que ha cobrado en la última década la *genealogía*, una de las subespecialidades de la historia de lo social. Si la búsqueda de identidad es una tendencia natural de todo grupo social, la identificación de sus ancestros es una preocupación que subyace en cada espíritu humano. Así, todo aquel que se aproxima al estudio de las genealogías —especialista o no— siente vivir en un mundo del cual es partícipe, sujeto y objeto a la vez. Eso explica que, siguiendo la huella del gran genealogista guayaquileño Pedro Robles Chambers y bajo el estímulo de algunos apasionados cultores actuales del genealogismo —tales como Fernando Jurado Noboa y Juan Freile Granizo— se hayan constituido dos vigorosas asociaciones de estudios genealógicos, formadas por unos pocos genealogistas profesionales y un extenso número de colaboradores e informantes: la ‘Sociedad Amigos de la Genealogía’, dirigida por Jurado, y el ‘Centro Nacional de Investigaciones Genealógicas y Antropológicas’, fundado por Freile y dirigido actualmente por Jorge Moreno Egas. Además de organizar encuentros periódicos de sus miembros, estas entidades efectúan una activa política de publicaciones.

Un importante aporte hecho a la historiografía por el movimiento genealogista ha sido el estudio de los orígenes indígenas o negros de las familias ecuatorianas, lo cual ha servido para demostrar, en última instancia, el carácter profundamente mestizo de nuestra sociedad.

Emparentada con la genealogía y la demografía, pero con ribetes propios, se ha ido desarrollando la obra de Jorge Moreno Egas, un serio investigador de la historia *socio-urbana* y de los *estamentos sociales*. Por su lado, la *historia de las mentalidades* tiene cultores de prestigio en el mismo Moreno Egas, en Andrés Guerrero y en Ernesto Salazar.<sup>5</sup>

Por fin, es necesario referirse a dos temáticas adicionales que han cobrado importancia en los últimos años: la *historia de la mujer* y la *historia de la inmigración*. En cuanto a la primera, preciso es señalar que tuvo un tímido despegue, en buena medida gracias a la labor aislada de dos historiadoras: Christiana Borchart, en Quito, y Jenny Estrada, en Guayaquil, pero que posteriormente ha cobrado un significativo impulso con la participación de nuevas historiadoras y cientistas sociales. Una de ellas es Jenny Londoño, autora de varios importantes estudios sobre la historia de las mujeres en el período colonial; otra, Martha Moscoso, autora y promotora de *estudios de género*, y otra más Natalia León, que ha centrado sus estudios en el tema del *matrimonio* y la *violencia conyugal*.

Respecto de la *historia de la inmigración*, las únicas personas que han incursionado profesionalmente en ella son, hasta el momento, Jenny Estrada y Armando Otatti. Aunque como aporte testimonial, no deja de ser útil el libro de Henry Raad sobre la inmigración árabe-libanesa, tema sobre el que también ha trabajado una prestigiosa historiadora ecuatoriana: Lois Crawford de Roberts.

### *La etnohistoria*

Según la cronología del desarrollo historiográfico, podemos decir que los temas clasistas tuvieron un interés predominante en las décadas de los sesenta, setenta y comienzos de los ochenta, pero que en la última déca-

---

5 *N.de la E.* Cabe mencionar el importante aporte de Salazar en el campo arqueológico, con sus estudios del período Paleolítico realizados especialmente en la zona de Mullumica, provincia de Pichincha. Constituye también otro aporte de interés, la fundamentada crítica que realiza en torno a los erróneas contenidos de los textos de historia aplicados en el medio educativo. Ver: Ernesto Salazar 1993: *Entre mitos y fábulas: el Ecuador Aborígen*. Quito: Corporación Editora Nacional.

da el interés preponderante se centró en los asuntos étnicos. De paso, esto último ha significado una suerte de redescubrimiento del país, al mismo tiempo que ha marcado la emergencia de un nuevo enfoque epistemológico, que nos ha llevado desde las preocupaciones clásicas de la historiografía occidental (el movimiento obrero, las luchas campesinas, etc.) a temáticas más propias de nuestra realidad social, como las referidas a los *indios*, los *negros* o los *mestizos*. Obviamente, ese nuevo enfoque ha sido estimulado por las urgencias de la realidad, puesto que, aproximadamente desde mediados de la década pasada, los indios irrumpieron como nuevos sujetos históricos en el escenario de la vida nacional y obligaron a un replanteamiento de todo el pensamiento social, tanto académico como político.

En este período y circunstancia, la etnohistoria ha alcanzado un notable salto cualitativo y cuantitativo, al calor de la emergencia política de las nacionalidades indígenas, que en estos años han ido convirtiéndose en uno de los más activos e influyentes movimientos sociales del Ecuador contemporáneo. También ha pesado en ello el desarrollo de la *etnología andina*, que ha pasado a constituir una de las más sugerentes utopías político-intelectuales contemporáneas. Tras la amplia trocha abierta por Segundo Moreno Yáñez y Hugo Burgos, han seguido esta ruta nuevos investigadores, provenientes tanto de la historia como de la sociología, la antropología y la medicina. Entre ellos están la etnóloga Ileana Almeida, promotora del desarrollo de las culturas indias; los etnohistoriadores Galo Ramón y Cristóbal Landázuri; los sociólogos Hernán Ibarra, Milton Cáceres y Manuel Espinoza Apolo, y los antropólogos Jorge Trujillo, Blanca Muratorio, Juan Botasso, Carlos Coba y Xavier Andrade.

Fenómeno trascendental ha sido, en los últimos años, el apareamiento de un vigoroso movimiento intelectual indígena, algunos de cuyos miembros han publicado trabajos de etnohistoria o reflexión etnohistórica, como parte de la lucha de reivindicación nacional de su pueblo: Nina Pacari, Ariruma Koowi, José Quimbo y Luis Maldonado.

### *La historia económica*

Al comenzar el período de nuestro análisis, esta era una absoluta novedad en el Ecuador y no tenía otros antecedentes que los estudios de Víctor

Emilio Estrada y la posterior ‘Historia monetaria y cambiaria del Ecuador’, de Luis Alberto Carbo. Sin embargo, ha tenido en las últimas dos décadas algunos cultores, como Gonzalo Ortiz Crespo, Manuel Chiriboga, Andrés Guerrero, Christiana Borchart, Manuel Miño Grijalva, Juan Manguashca, Hugo Arias, Alberto Acosta, Willington Paredes, Nicanor Jácome, y en su momento, Carlos Marchán.

Fue particularmente importante la labor del Banco Central del Ecuador, con su área de Historia Económica, espacio académico dedicado netamente a la investigación del tema, producción de series documentales y a la edición de la ‘Revista Ecuatoriana de Historia Económica’, excelente publicación. Desgraciadamente, hoy se halla descontinuada y el área de Historia Económica desapareció de la estructura de la entidad bancaria.

En Guayaquil, ha venido actuando a la vez, un grupo de historiadores económicos de formación liberal clásica, entre los que destacan Julio Estrada Icaza (†), Director del Archivo Histórico del Guayas, y Guillermo Arosemena, autor de importantes estudios sobre la banca y el empresariado porteño. De entre los historiadores más jóvenes que han incursionado en la historia económica deben mencionarse los nombres de Rosemarie Terán y Guadalupe Soasti. Un trabajo solitario e individual ha sido el de Carlos Ortuño, autor de una interesante ‘Historia numismática del Ecuador’.

Una evaluación desapasionada de los logros alcanzados en nuestro país en el campo de la historia económica, demuestra que ellos son todavía escasos, aunque algunos han alcanzado un nivel ciertamente respetable. De otra parte, están todavía por estudiarse algunos fenómenos trascendentales de nuestra historia económica, tales como la mutua articulación de las economías regionales, sus diversas formas y ritmos de vinculación al mercado internacional; los ciclos de auge y crisis en las pequeñas economías regionales; los circuitos económicos fronterizos, entre otros muchos. Y mientras esos estudios no se realicen, todavía estaremos incapacitados para entender plenamente otros fenómenos históricos trascendentales, como el federalismo y las guerras civiles, el regionalismo, la migración campo-ciudad o el contrabando.

En síntesis, y en una apreciación general, podemos afirmar que la historia económica no ha logrado todavía cuajar en una vigorosa corriente ni ha creado escuela en el país, circunstancia que obviamente afecta al

desarrollo global de los estudios históricos, pues aún no hemos logrado acumular una reveladora suma de conocimientos objetivos sobre el pasado de la economía ecuatoriana.

### *La historia demográfica*

Si la historia económica ecuatoriana es pobre, la historia demográfica prácticamente no existe, salvo algunos aislados ensayos sobre temas muy particulares, los cuales, en todo caso, no se proponen explicar los grandes procesos o fenómenos demográficos de nuestro pasado. En medio de tal desierto se alzan solitarios los breves ensayos de Jorge Moreno Egas o Sylvia Benítez que, sin duda, exigen un esfuerzo continuo de sus autores en esta línea de investigación.

### *La historia de la cultura*

Dentro del general proceso de renovación historiográfica del período, una línea muy sostenida de trabajo ha sido la de la historia de la cultura y, dentro de ella, la *historia de las ideas y las mentalidades*.

Los pioneros en este campo ‘insurgieron’ en la década de los setenta, pues su obra nació como un cuestionamiento a las estructuras de dominación y a su aparato ideológico. El pionero principal fue, una vez más, el brillante Agustín Cueva (†), cuyo libro ‘Entre la ira y la esperanza’ marcó un corte decisivo en el estudio de la historia de la cultura ecuatoriana. Contemporáneos suyos fueron los otros pioneros en la especialidad: Fernando Tinajero, Ernesto Albán Gómez y Vladimiro Rivas.

A partir de la década de los ochenta, cobró fuerza en el país la *historia de las ideas*, notablemente influida por Leopoldo Zea y, sobre todo, por Arturo Andrés Roig. Durante sus varios años de residencia en el país, Roig llegó a formar, junto con Rodolfo Agoglia, una verdadera escuela de pensamiento, principalmente a través de sus cátedras en la Pontificia Universidad Católica de Quito y en la Universidad Central del Ecuador. En la actualidad, sus cultores se hallan nucleados básicamente alrededor de centros de investigación de las universidades nacionales. El más importante de ellos se halla en la PUCE y fue propiciado originalmente por Hernán Malo González S.J.,(†) un notable pensador católico, en la época en

que ejerció el rectorado de esta universidad. Está integrado por un grupo de notables intelectuales: Carlos Paladines, animador y director de la 'Revista Ecuatoriana de Historia de las Ideas'<sup>6</sup>, Samuel Guerra Bravo, Carlos Landázuri Camacho, Jorge Villalba S.J., Nancy Ochoa Antich, Susana Cordero de Espinoza.

Un equipo importante es también el que crearan en la Universidad de Cuenca Alfonso Carrasco, Horacio Cerutti Guldberg, María Cristina Cárdenas y Claudio Cordero, integrado luego por Jorge Dávila Vásquez, María Augusta Vintimilla, Adrián Carrasco, María Elena Albán y otros. También en Cuenca, en la joven Universidad del Azuay, existe un equipo similar, del que forman parte Claudio Malo González, Juan Cordero Íñiguez y Marco Tello Espinoza. Por fin, en la Universidad Central laboran, aunque sin formar equipo, algunos intelectuales que trabajan en la temática de la historia de la cultura, entre ellos Alejandro Moreano y Fernando Tinajero.

En esa misma línea, se inscriben los esporádicos esfuerzos del Instituto de Investigaciones de la Cultura Ecuatoriana, que nuclea a un grupo de prestigiosos intelectuales quiteños: Francisco Proaño Arandi, José Ron, Iván Carvajal, Humberto Vinuesa, Milton Benítez y Luis Corral.

Mención especial merecen en la historia de la cultura ecuatoriana la labor investigativa y analítica de Lenin Oña, afamado crítico e historiador del arte; de Hernán Rodríguez Castelo, multifacético historiador de la cultura ecuatoriana; de Alexandra Kennedy Troya, prestigiosa investigadora de la historia del arte y la artesanía; de Alfonso Ortiz Crespo, historiador del arte y la arquitectura; de Juan Valdano, estudioso de las generaciones culturales, y de Ximena Escudero de Terán, estudiosa del arte colonial quiteño.

### *La historia urbana*

Se trata de especialidades que han adquirido creciente importancia durante el período, cuya florescencia contemporánea responde tanto a inte-

---

6 La revista es coeditada por el CELA de la PUCE y la CCE; su director es Carlos Paladines Escudero.



lectuales. Su primer impulso vino desde el Archivo Histórico del Guayas, con los estudios de Abel Romeo Castillo y Julio Estrada Icaza, prestigiosos historiadores de la generación anterior. Luego retomó esa línea de trabajo el IDIS de Cuenca, gracias al entusiasmo intelectual de Silvia Palomeque, Leonardo Espinoza, Lucas Achig, Juan Chacón, Julio Carpio y Paciente Vásquez, autores de importantes estudios sobre la *historia de la región austral* y de su capital histórica, Cuenca.

También en la década de los setenta comenzó su labor el Instituto Otavaleño de Antropología -IOA-, cuya labor estimularía los estudios de *historia regional, etnohistoria y arqueología*. De otro lado, el despegue de esta especialidad fue estimulado por Juan Maiguashca, historiador ecuatoriano residente en Canadá, a través del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de York.

En la actualidad, los más importantes promotores de la historia urbana son el centro de investigaciones CIUDAD (Quito), donde laboran en el tema varios investigadores (Fernando Carrión, Eduardo Kingman, Ana María Goetschel y Patricio Velarde), la prestigiosa revista de arquitectura y urbanismo 'TRAMA', editada en Quito por Rolando Moya y Evelia Peralta, y la Corporación de Estudios Regionales Guayaquil -CER-G-, dirigida por Gaitán Villavicencio, a la que se hallan vinculados Milton Rojas, Pablo Lee, Letty Chang y Graciela de Vélez. Producto de una labor aislada, pero no por ello menos meritoria, es la obra de Carlos Maldonado P., autor de varios ensayos sobre *historia de la arquitectura*.

En el mismo ámbito cabe situar la labor de Rubén Moreira y Alfonso Ortiz Crespo, historiadores de la arquitectura y el urbanismo, de Patricio Martínez Jaime, dirigente de la ADHIEC y autor de un importante estudio sobre la *evolución del sector informal urbano*, y de Alfredo Lozano Castro, autor de sugerentes estudios de *etno-urbanismo*. Otros investigadores que actúan en este campo son Inés del Pino, Jorge Benavides Solís, Lucas Achig, Martha Moscoso, Cecilia Mantilla y Sonia Fernández.

### *La historia regional*

Fue cultivada otrora por intelectuales de la talla de Octavio Cordero Palacios, Pío Jaramillo Alvarado, Modesto Chávez Franco y Pedro Robles Chambers, y tuvo hasta hace poco cultores tan entusiastas como Julio Es-

trada Icaza y Abel Romeo Castillo (Guayas); Hernán Gallardo Moscoso (Loja); Rodrigo Villegas Domínguez (Imbabura); Virgilio Mendoza (El Oro), o Julio Estupiñán Tello (Esmeraldas). Con tales antecedentes, en los últimos años ha alcanzado un evidente progreso en su nivel científico, mediante el concurso de un renovado corpus teórico y la inclusión de nuevas metodologías de análisis y nuevas áreas de estudio (la economía, la demografía). Empero, hoy como ayer se desarrolla fundamentalmente gracias al esfuerzo de algunos historiadores que trabajan aisladamente en la especialidad: Willington Paredes, Jorge Trujillo, Segundo Moreno Yáñez, Alfonso Anda Aguirre, Rafael Guerrero, Carmen Dueñas de Anhalzer, María Elena Porras, Marco Placencia, Félix Paladines, Trostky Guerrero, Luis A. León, Fernando Jurado Noboa, Genaro Eguiguren Valdivieso, Carlos Benavides Vega (†), Hernán Flores y otros. A ellos se agregan algunos científicos sociales que, desde una perspectiva más que nada sociológica, han incursionado en el tema de lo regional: Simón Pachano, Rafael Quintero, Erika Silva, Bertha García y Amparo Menéndez Carrión.

En el período han surgido algunos centros de investigaciones regionales, que regularmente incluyen entre su temática de estudio los asuntos históricos. Empero, el único centro de historia regional constituido en estos años fue el Archivo Histórico del Guayas, del que se habla más adelante.

### *La historia de la ciencia y la tecnología*

Aunque poco extendida en el país, tiene algunos entusiastas cultores, que continúan con éxito la tradición intelectual legada por Gualberto Arcos, Misael Acosta Solís, Virgilio Paredes Borja, Mauro Madero Moreira y Enrique Garcés. Los más notables historiadores actuales de la ciencia han sido Plutarco Naranjo, Rodrigo Fierro y Eduardo Estrella, todos ellos profesores de la Universidad Central del Ecuador. Naranjo y Fierro son médicos y científicos de gran prestigio, que han derivado de modo natural hacia la historia de la ciencia. Estrella, recientemente fallecido, unía a su condición de médico una formación profesional de historiador; fue Director-Fundador del Museo Ecuatoriano de Medicina, se desempeñó como Presidente de la Sociedad Ecuatoriana de Historia de la Ciencia y la Tecnología, y, pese a su temprana partida, dejó como legado intelectual una

sólida obra científica. Otros nombres dignos de mención en éste ámbito son los de Domingo Paredes, profesor de la Universidad Central del Ecuador, y Jenny Estrada, investigadora del Instituto de Historia Marítima.

### *La historia de la vida cotidiana*

Esta atractiva especialidad tiene en el Ecuador un rico antecedente en las deliciosas ‘Crónicas del Guayaquil Antiguo’, de Modesto Chávez Franco; en los sabrosos relatos de ‘Al margen de la historia’, de Cristóbal de Gantotena y Jijón, y en las inteligentes crónicas de Camilo Destruge, Gabriel Pino Roca y Manuel J. Calle.

Dada la gran acogida que este tipo de ‘crónica histórica’ ha tenido siempre entre el pueblo ecuatoriano, y la gran difusión que ésta alcanzara a través de la prensa, hay un logrado intento contemporáneo por su rescate y continuidad. El esfuerzo más sostenido en este sentido, ha sido el del historiador guayaquileño Rodolfo Pérez Pimentel, que desde hace años ha publicado regularmente sus crónicas, de corte más bien tradicionalista, en la prensa porteña.<sup>7</sup> En el mismo espíritu se orientan las crónicas que, bajo el epígrafe ‘Del tiempo de la yapa’, publica Jenny Estrada en el Diario ‘El Universo’, desde 1989<sup>8</sup>. Posteriormente se han incorporado a esta labor, aunque con un espíritu revisionista y una visión alternativa a la tradicional ‘crónica del poder’, Jorge Núñez, con sus ‘Historias’,<sup>9</sup> y Pedro Saad Herrería, con su ‘Calendario Histórico’.

Por otra parte, algunos historiadores de la última generación han emprendido en breves ensayos formales sobre historia de la vida cotidiana, con similar proyección. En esa línea se inscriben algunos estudios de

---

7 Estas crónicas han sido recogidas en cinco tomos, bajo el título de ‘El Ecuador profundo’.

8 *N. de la E.*: Existen trabajos que se han dedicado a reconstruir la historia de la vida cotidiana de Quito, a manera de crónicas o como compilaciones de tradición oral y escrita. Edgar Freire Rubio, con sus tres tomos de *Quito: tradiciones, testimonios y nostalgia* ha incursionado en este campo. En su última producción, desarrollada conjuntamente con Manuel Espinosa Apolo, se perfilan los personajes de la ciudad a principios y mediados del siglo XX. Ver: Edgar Freire Rubio y Manuel Espinosa Apolo (comp.) 1999: *Parias, perdedores y otros antihéroes*. Quito: Fundación Felipe Guamán Poma de Ayala.

9 Publicadas entre 1991 y 1993 en el diario “HOY” y a partir de 1994 en el diario “El Comercio”, ambos de Quito.

Jorge Moreno Egas sobre las *cofradías religiosas* y el *origen étnico de los feligreses católicos*. Igualmente los de Silvia Benítez y Gaby Costa, Ximena Sosa, Cecilia Durán y María Antonieta Vásquez, cuyos trabajos figuran en la ‘Nueva Historia del Ecuador’.

### *La historia institucional*

Se impone una mención, así sea breve, a la historia institucional, subespecialidad que ha tenido un período de auge en los años reseñados. En 1973 se fundó el Instituto de Historia Eclesiástica Ecuatoriana, siguiendo el modelo de otras organizaciones afines creadas en América Latina; su finalidad es la investigación de las manifestaciones de la Iglesia Católica en la vida e historia del país y mantiene la publicación regular de un anuario.

Pese a las limitaciones económicas que enfrentan desde hace algunos años, algunas municipalidades ecuatorianas se han esforzado en continuar con la publicación de sus “Libros de Cabildos”, importantísimo aporte al conocimiento de las fuentes de la historia. Así, la Municipalidad de Guayaquil publicó 5 tomos, en coedición con el Archivo Histórico del Guayas; la Municipalidad de Cuenca 3 tomos, y la Municipalidad de Quito, 2 tomos suyos y uno de Libro de Cabildos de Loja.

En cuanto a los demás ámbitos de la historia institucional, sus resultados han sido ciertamente disímiles, por cuanto en ellos se entremezclan libros hechos en el tradicional estilo de reseña empresarial, o crónica de entidades públicas, junto con estudios propiamente históricos, que buscan contribuir, desde el análisis de casos particulares, a la reconstrucción de la *historia del Estado* o del país. Como ejemplos del primer caso podrían mencionarse los trabajos de Enrique Boloña Rodríguez sobre la Junta de Beneficencia de Guayaquil y el comercio porteño, y del segundo, el proyecto de investigación histórica sobre el Seguro Social Ecuatoriano, desarrollado por un equipo de investigadores dirigido por Jorge Núñez, que en el breve plazo de dos años alcanzó a publicar dos tomos de fuentes (‘Actas de la Caja de Pensiones’) y una ‘Historia del Seguro Social Ecuatoriano’, que lleva ya dos ediciones.<sup>10</sup>

---

10 *N. de la E.*: La historia de la educación en el Ecuador es una tendencia que viene tomando fuerza desde hace unos cuatro años en nuestro medio y ha concitado el interés de es-

*La historiografía tradicional*

Pese a no ser objeto de este trabajo, creemos necesario hacer una relación al menos somera de la labor de los historiadores ‘tradicionales’ durante el período reseñado. Si bien la obra de la mayoría de ellos ha adolecido de las limitaciones señaladas al inicio de este trabajo, no es menos cierto que lo que llamamos ‘vieja escuela’ o ‘antigua generación de historiadores’ no fue nunca un continente unitario sino un verdadero archipiélago, formado por islas de desigual tamaño y distinta altura.

Entre el piélagos de historiadores ‘tradicionales’, se distinguían claramente algunos por su mayor nivel intelectual, acuciosidad investigativa o profesionalidad. Podemos citar entre estos a los siguientes:

- Don Alfredo Pareja Diezcanseco, un intelectual autodidacta que, a sus méritos de profundo historiador, en la línea de la escuela historiográfica liberal, unía los de un notable literato, lo cual le permitió escribir los textos de historia más leídos en el Ecuador del siglo XX.
- El Padre José María Vargas, un gran investigador que incursionó por los más diversos campos del quehacer historiográfico, desde la historia del arte hasta la historia económica.
- Gabriel Cevallos García, historiador erudito y agudo pensador, vinculado a la escuela conservadora, en el que se funden las amplias perspectivas del ‘filósofo de la historia’ con las intuiciones precisas del investigador.
- Julio Tobar Donoso, gran historiador y afamado político de derecha, conocido menos por su valiosa obra intelectual que por su desgraciada intervención en la suscripción del írrito ‘Protocolo de Río de Janeiro’.
- Julio Estrada Icaza, historiador talentoso y regionalista apasionado, que promovió y creó con sus propios medios el afamado Archivo Histórico del Guayas.
- Abel Romeo Castillo, nuestro primer historiador graduado y uno de los más destacados cultores de la historia regional.

---

tudiosos tanto nacionales como extranjeros. Cabe mencionar el importante trabajo que ha desarrollado Gabriela Ossenbach desde la Universidad de Educación a Distancia en Madrid.

- Oscar Efrén Reyes, un maestro e investigador que enriqueció la historiografía ecuatoriana con valiosos libros de texto.
- Oswaldo Albornoz Peralta, pionero en la búsqueda de la ‘otra historia’, la de los marginados y explotados del pasado.
- Jorge Salvador Lara, Director de la Academia Nacional de Historia y actual Historiador de la Ciudad de Quito, que acaba de publicar su ‘Breve Historia Contemporánea del Ecuador’.
- Gerardo Nicola, un maestro de orientación socialista, es autor de un excelente libro de texto para educación secundaria; pese a ser un adelantado en la revisión crítica de los viejos métodos y teorías de la historia, ha estado lamentablemente limitado en su acción por el mundo provinciano en que le ha tocado vivir.

Desde diversos frentes de acción intelectual, todos los mencionados hicieron de puente historiográfico entre la anterior y la actual generaciones de historiadores ecuatorianos. De otro lado, algunos de ellos acompañaron a la nueva generación durante un buen trecho del período estudiado y existe quien continúa en plenitud creativa.

## **La institucionalidad existente**

Inexistente hasta antes de los años setenta, aparece una nueva institucionalidad, que guarda estrecha vinculación con la renovación historiográfica ecuatoriana. Se trata de una institucionalidad de variado carácter, que en ocasiones ha sido causa y en otras efecto de la transformación científico-académica producida en las últimas dos décadas. Para un análisis organizado, las hemos dividido en instituciones educativas, académicas y de promoción científica.

### *Las instituciones educativas*

En el Ecuador contemporáneo existen dos instituciones educativas cuya labor ha sido fundamental para la formación de una nueva generación de historiadores profesionales: la Pontificia Universidad Católica del Ecuador -PUCE- y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

-FLACSO-, sede de Quito. También han estimulado una renovada producción historiográfica, que ha ido multiplicándose en la última década y alimentando, en buena medida, las líneas editoriales y publicaciones periódicas especializadas.

La PUCE, ha sido durante algunos años la institución académica de labor más sostenida, gracias al concurso de un buen equipo de docentes ecuatorianos y extranjeros. Como hemos señalado en la primera parte de este trabajo, la presencia de algunos importantes intelectuales del Cono Sur, que llegaron al Ecuador en calidad de refugiados políticos, coadyuvó a que esta universidad desarrollase, entre los setenta y la primera mitad de los ochenta, una corriente de pensamiento histórico–filosófico de clara raigambre americanista, que se condensó en la creación del Centro de Estudios Latinoamericanos.

Pero su aporte mayor fue la creación, a inicios de los ochenta, del Departamento de Ciencias Históricas, espacio que propició una nueva generación de historiadores ecuatorianos. Entre los inspiradores de la propuesta se hallaba el prestigioso historiador ecuatoriano Juan Freile Granizo.

Sin embargo, la temprana muerte de Hernán Malo –gran suscitador del *ánimus* de apertura ideológica de la PUCE–, así como los vientos de conservatismo que empezaron a soplar sobre la Iglesia latinoamericana, terminaron por ir recortando progresivamente ese espacio de amplia reflexión intelectual. En la actualidad, la especialidad se halla en franca decadencia y amenazado de extinción el departamento universitario que la sustenta, hecho a todas luces lamentable.

En cuanto a la FLACSO, su primer proyecto académico en Historia se produjo recién en 1984, cuando, como parte de un proceso de reorientación interna, se abrió la Maestría en Historia Andina, cuyo coordinador docente fuera Enrique Ayala Mora. Los objetivos del nuevo postgrado fueron: la formación de historiadores profesionales, mediante su capacitación teórica, metodológica y técnica; la profesionalización de la investigación histórica; el intercambio de recursos docentes en las áreas andina y latinoamericana, y, el enriquecimiento historiográfico. Este esfuerzo académico se complementó con la apertura paralela de cursos abiertos, diseñados para capacitar a alumnos no regulares de la institución. El postgrado culminó en marzo de 1986 y permitió la formación profesional de 25 alumnos, 11 de ellos ecuatorianos. Posteriormente, dificultades políticas internas provocaron el alejamiento de Ayala, con lo cual el programa de maes-

quedó en suspenso. Actualmente está terminando la tercera Maestría en Historia, desarrollada bajo la coordinación del historiador peruano Heraclio Bonilla.

En síntesis, hasta la actualidad la FLACSO–Quito ha formado a dos promociones de historiadores profesionales, en parte ecuatorianos, y se halla formando a una tercera. Esto ha contribuido a profesionalizar crecientemente la investigación histórica y a enriquecer –al menos cuantitativamente– la bibliografía de la especialidad, gracias a la publicación de las tesis de los graduandos.

En los últimos tiempos empieza a ampliarse este panorama académico, con la creación de un Postgrado de Historia en la Facultad de Filosofía de la Universidad Central del Ecuador. Ello significa un impulso a la formación académica de los historiadores y augura un creciente desarrollo de los estudios históricos en el Ecuador<sup>11</sup>.

### *Las instituciones académicas y de promoción científica*

En el Ecuador existen actualmente varias instituciones académicas en el ámbito de la Historia:

- s La más antigua es la *Academia Nacional de Historia*, reseñada en páginas anteriores, se ha mantenido voluntariamente al margen de las nuevas corrientes historiográficas, frente a las que ha sostenido una actitud más bien pasiva y distante.

Afectada por el paso del tiempo y por su propia falta de renovación interna, la Academia fue dejando de ser el alto cenáculo intelectual que fuera otrora y en cierto momento terminó por convertirse en un reducto de gentes de derecha, de exiguo nivel académico y, en ciertos casos, sin ninguna obra intelectual de relevancia.

Pese a lo mencionado, mantiene cierta actividad ocasional y ha organizado algún evento científico de importancia durante la pasada década, aunque sin generar una línea de pensamiento histórico ni

---

11 *N. de la E.*: la Universidad Andina “Simón Bolívar” ha convocado en las últimas fechas a un Doctorado en Historia, que se iniciará hacia julio del año 2000.



una corriente de acción historiográfica. Su única labor significativa en las últimas décadas ha sido la publicación de su 'Boletín Científico', que se mantiene ininterrumpidamente desde la fundación de la entidad, en 1909, y que ha seguido publicándose pese a las limitaciones económicas de esta institución, que no cuenta con un adecuado respaldo financiero por parte del Estado.

Al parecer, la institución ha iniciado recientemente un esfuerzo de renovación interna mediante la incorporación de historiadores pertenecientes a las nuevas generaciones.

- s Distinta ha sido la suerte de la *Sección Académica de Historia y Geografía de la Casa de la Cultura Ecuatoriana -CCE-*. Surgida junto con la Casa, bajo el impulso de renovación nacional que trajo consigo la Revolución de Mayo de 1944, esta sección académica asumió desde un primer momento una orientación profesional y un espíritu de apertura, que han seguido manteniéndose y desarrollándose en lo posterior. En la última década, la sección buscó incorporar a su cuerpo académico a los representantes del movimiento de la 'Nueva Historia Ecuatoriana' y a la nueva generación de geógrafos. En la actualidad, ella cuenta con un buen número de miembros activos.

Además de las entidades descritas, es importante la presencia y acción de algunos centros promotores de la investigación histórica.

- s Paralelamente al apareamiento de las nuevas tendencias historiográficas en el país, surgió en Guayaquil un núcleo promotor de los estudios de historia regional, que buscó actualizar la antigua tradición historiográfica creada por el Centro de Investigaciones Históricas de Guayaquil, liderado en su hora por el ilustre historiador Pedro Robles Chambers. Este grupo intelectual alcanzó su expresión institucional en el *Archivo Histórico del Guayas -AHG-*, cuyos principales impulsores fueran Julio Estrada Icaza y Abel Romeo Castillo.

Gracias al auspicio financiero de un patronato privado, el AHG fue, desde entonces, quizá la más activa institución de promoción de los estudios históricos en el Ecuador. Debido a su gestión se centralizaron todos los archivos públicos regionales: Archivo Municipal de Guayaquil, Archivo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo

del Guayas, y Archivo del Banco Central del Ecuador, sucursal mayor de Guayaquil. La labor del AHG ha sido también pionera en la tarea de vincular al país a los ecuatorianistas extranjeros y difundir localmente sus estudios.

A mediados de 1980, el AHG pasó –mediante un convenio– a formar parte del Banco Central del Ecuador, entidad que asumió el financiamiento de sus labores y recibió en comodato las propiedades del Archivo. Lamentablemente, la enfermedad y posterior muerte de Julio Estrada Icaza, su gran motivador, así como los cambios en la política interna del BCE, encaminados a deshacerse de todas las tareas socio–culturales que desarrollaba anteriormente, determinaron que el AHG quedase desde 1990, en un estado de virtual abandono y que su valiosa revista fuera descontinuada. Por suerte, la reciente presencia de un nuevo equipo promotor, surgido de la sociedad civil guayaquileña, y la designación de don José Antonio Gómez Iturralde como Director *Ad Honorem*, parecen marcar una etapa de revitalización de esta entidad, que ha reiniciado su actividad pública con una ágil política de publicaciones.

- s De otra parte, durante el período se constituyó en Quito la Sociedad Ecuatoriana de Investigaciones Históricas y Geográficas –SEIHGE–, nucleada alrededor del Archivo–Biblioteca ‘Aurelio Espinoza Pólit’ y bajo la animación y dirección del jesuita Julián Bravo. Nacida a fines de 1988, la entidad tiene como sus objetivos realizar, promover y difundir la investigación científica de la Historia y de la Geografía del Ecuador, con sus relaciones e influencias en la cultura ecuatoriana, según rezan sus estatutos. Al momento, la entidad se halla conformada por una veintena de estudiosos de las ciencias históricas y geográficas, y lleva adelante una activa política de publicaciones.
- s Hemos analizado, al comienzo de este trabajo el proceso constitutivo del movimiento de renovación historiográfica ecuatoriana y en ello se evidencia el importante papel cumplido en el Ecuador por la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe -ADHILAC-, que ha mantenido sucesivamente en el país la sede de su Secretaría Ejecutiva (1981–1990) y de su Consejo Directivo Internacional (1990–1994). En este sentido, el mayor logro alcanzado ha sido la constitución en 1986, de la Asociación de Historiadores Ecuatorianos -ADHIEC-, en 1986.

## La histografía ecuatorianista

No estaría completo el panorama de la actual historiografía ecuatoriana sin una mención, así sea breve, de los aportes hechos a ella por los ecuatorianistas extranjeros, quienes, sin otra motivación que el conocimiento científico en sí, se han dedicado al estudio de la historia ecuatoriana. Se presenta aquí tan solo un bosquejo que da idea de la magnitud y perspectiva del aporte de los ecuatorianistas; el análisis adecuado de esta contribución requiere necesariamente de un estudio detenido, que escapa a los límites del presente estudio introductorio.

Una primera y necesaria observación que debe plantearse es la referida a la calidad y variedad de esos aportes. En cuanto a su calidad, podemos afirmar que en general se trata de trabajos de buen nivel, elaborados con base en una exhaustiva búsqueda de fuentes primarias y un minucioso procesamiento de datos. En lo que dice de su variedad, nos hallamos frente a una sorprendente diversidad de temáticas tratadas por los historiadores ecuatorianistas, que abarca inclusive temas poco o nada estudiados por los historiadores ecuatorianos.

En complemento a esta primera observación, creemos necesario evaluar el impacto que los aportes de los ecuatorianistas extranjeros han causado en la propia historiografía ecuatoriana. Por la misma minuciosidad y profesionalismo con que han sido preparados, esos trabajos producen un positivo efecto, tanto porque contribuyen a enriquecer la masa de conocimientos comprobados que poseemos sobre nuestro pasado, como porque ofrecen nuevas perspectivas y metodologías de análisis. Suscitan asimismo una saludable emulación entre los científicos sociales ecuatorianos.

Pero no todo es color de rosa en el campo de la historiografía ecuatorianista: el aporte metodológico de la mayoría de los historiadores extranjeros tiene también limitaciones objetivas y, en cierta perspectiva, inclusive efectos nocivos. Así, se puede apreciar que se ha producido en el período una gran acumulación positivista de monografías y artículos menores, que muchas veces no tienen más sustento informativo que algún documento suelto encontrado al azar. Ello, a su vez, ha generado una corriente local de 'monografismo', que generalmente se mueve por las pautas y modas temáticas llegadas del extranjero. Vista en bloque, esa acumulación monográfica –tanto ecuatoriana como ecuatorianista– ha permitido recoger una cantidad muy grande de información sobre nuestro pasa

do, pero, por su mismo enfoque reduccionista, nos ha ayudado solo limitadamente a comprender mejor nuestra historia: su amplio horizonte social, su largo plazo, sus grandes fenómenos.

Limitaciones aparte, es innegable que muchos estudios de los historiadores ecuatorianistas son de gran calidad y perspectiva verdaderamente científica, y que inclusive han cubierto los vacíos dejados por los historiadores ecuatorianos a causa del mismo escaso y tardío desarrollo de nuestras ciencias históricas; en otros casos, es notorio que esos aportes han enriquecido significativamente la labor ya emprendida por los historiadores nacionales, especialmente en lo que tiene que ver con la historia regional.

Quiero citar como ejemplo de lo dicho el caso de la *historia regional de Guayaquil*, en la cual los aportes de los ecuatorianistas han sido francamente notables, destacándose entre ellos los estudios del norteamericano Michael Hamerly, en especial su difundida 'Historia social y económica de la antigua Provincia de Guayaquil. 1763–1842'; del también norteamericano Adam Szászdi y su esposa Dora León Borja; del británico David J. Cubitt, y, sobre todo de la española María Luisa Laviana Cuetos, cuyo estupendo libro 'Guayaquil en el siglo XVIII. Recursos naturales y desarrollo económico' es, con seguridad, el mejor y más completo estudio que existe sobre una región ecuatoriana en ese período y, a su vez, el más importante hito en la ya larga zaga de estudios hechos por su autora respecto de la historia guayaquileña.

Buena muestra de la labor ecuatorianista en el campo de los estudios de *historia regional* ha sido también el 'Proyecto Loja', desarrollado entre 1980 y 1983 en la región sur del Ecuador por el Instituto Francés de Estudios Andinos -IFEA-, en colaboración con el Banco Central del Ecuador, y cuyo sumario de informes fuera recogido por la Revista 'Cultura' de la entidad bancaria, en su número 15. Este proyecto tuvo un alcance trascendental para la región estudiada, pues muchos de los temas que abarcó, simplemente no habían sido tratados hasta entonces por los historiadores u otros científicos ecuatorianos.

Dentro de un amplio equipo binacional de investigación científica, colaboraron en este proyecto algunos historiadores y arqueólogos franceses, como Chantal Caillavet, Martín Minchom, Ives Saint-Geours, Martine Petitjean, Emmanuel Fauroux, Jean Guffroy, Patrice Lecoq.

En la nómina de prestigiosos científicos extranjeros que han desarrollado sucesivos estudios sobre la historia ecuatoriana ocupan también lugar de honor:

- Javier Ortiz de la Tabla, de nacionalidad española, autor de muchos ensayos importantes sobre la historia social, económica y demográfica de la región andina ecuatorial, culminados con su excelente obra ‘Los encomenderos de Quito. 1534–1660’.
- El norteamericano Frank Salomon, que ha aportado a nuestra historiografía una obra intelectual de gran calidad y variedad.
- Los alemanes Udo Oberem, notable sabio y antiguo estudioso de los temas ecuatorianos, y Christiana Borchart de Moreno, prestigiosa investigadora de los temas de historia social y económica.
- Debemos incluir también dentro de este grupo de ecuatorianistas ‘a tiempo completo’ a la ya citada historiadora francesa Chantal Caillavet, cuya obra intelectual sobre el Ecuador es ciertamente relevante.
- Al español Jesús Paniagua Pérez, notable estudioso de la sociedad colonial de Cuenca y del arte de la platería en la Audiencia de Quito.

De modo menos frecuente, pero con una alta calidad investigativa, se han ocupado asimismo de temas de la historia ecuatoriana el francés Bernard Lavallé; el inglés Malcolm Deas; los españoles Demetrio Ramos Pérez, José Alcina Franch, Luis J. Ramos Gómez, Manuel Lucena, Antonio Lafuente, Leoncio López-Ocón, y Bertha Ares Queija; los norteamericanos John Murra, Magnus Mörner, Nick D. Mills Jr., Linda Alexander Rodríguez, Robson Brines Tyrer, Eric Beerman y Lois Crawford de Roberts, y el chileno Horacio Larraín, entre otros.

Sus aportes al conocimiento histórico del pasado ecuatoriano, así como sus interpretaciones teóricas y planteamientos metodológicos, han sido ciertamente de gran utilidad para el desarrollo de las ciencias históricas en el Ecuador.

Un tercer grupo de ‘ecuatorianistas’ lo constituyen aquellos que han trabajado ocasionalmente algún tema de nuestra historia y cuya producción se reduce a una sola publicación. Figuran entre ellos las francesas Anne Christine Taylor e Iveline Lebret; el español Antonio Mazuecos, y los norteamericanos John L. Phelan, Nicolas Cushner, Allan J. Kuethe, John C. Super, Paul Drake y Ricardo Muratorio.

Este es también, en general, el caso de los estudiantes extranjeros de la FLACSO, que aportan a nuestra historiografía con sus trabajos de tesis. Entre estos egresados ‘flacsonianos’ destacamos nombres como los

de Carlos Contreras, Leoncio López-Ocón o Diana Bonnett. Los primeros, han seguido cultivando luego su interés por la historia ecuatoriana y efectuando aportes ocasionales a nuestra historiografía.

Debemos destacar también el trabajo de ciertos asistentes técnicos extranjeros, que efectúan investigaciones históricas durante su permanencia en el país, y de modo preferente sobre temas de la región o localidad en donde desempeñan su labor profesional.

El trabajo de ciertos ecuatorianistas pierde continuidad, en buena medida por la despreocupación con que las instituciones oficiales ecuatorianas han manejado casi siempre el asunto, desatendiendo la labor de estos amigos del país y no ofreciendo casi ningún estímulo a su generoso trabajo intelectual.

La única excepción a esta actitud se dio, probablemente, durante el gobierno del presidente Rodrigo Borja, en el cual, desde la Subsecretaría de Cultura, invitamos a los ecuatorianistas españoles a participar con sus colegas del Ecuador en una primera reunión de intercambio científico alrededor del tema 'Fuentes para la historia ecuatoriana'. Pese a su notable éxito inicial y a las expectativas que abrió, este esfuerzo no tuvo continuidad, pues no se efectuó una segunda reunión de ese tipo que debía realizarse en España, bajo convocatoria de los historiadores españoles; empero, permitió un contacto directo entre historiadores de ambos países, que posteriormente ha fructificado en diversas formas de cooperación.

En esta misma línea, la Subsecretaría de Cultura otorgó la 'Condecoración Nacional al Mérito Cultural' a dos historiadores españoles que figuran entre los ecuatorianistas más notables, María Luisa Laviana Cuetos y Javier Ortiz de la Tabla Ducasse, quienes en acto de reciprocidad han mostrado una renovada preocupación por los asuntos de la historia ecuatoriana. Más recientemente, la I. Municipalidad de Quito condecoró por su labor ecuatorianista al prestigioso colega Manuel Lucena Salmoral, especialista en temas de quiteñidad, a Javier Ortiz de la Tabla, a Karen Stothert y a Roswith Hartmann.

Muy inteligente y objetiva ha sido, en este campo, la actitud de algunas entidades culturales privadas o autónomas, que se han interesado constantemente por el trabajo de investigación de los ecuatorianistas extranjeros, invitándolos periódicamente a participar en simposios científicos o publicando sus trabajos. Respecto de esa labor, son particularmente recomendables las acciones institucionales de la ADHILAC-ADHIEC, de

la FLACSO y de la Universidad Andina ‘Simón Bolívar’, que constantemente organizan reuniones científicas con historiadores ecuatorianistas, así como las del Archivo Histórico del Guayas, de la Corporación Editora Nacional y de la revista ‘Cultura’ del Banco Central del Ecuador, que han instituido la publicación regular de libros o artículos de historiadores extranjeros.

En beneficio de la misma historiografía ecuatoriana y de sus cultores sería de desear que el Estado y las instituciones culturales públicas pusieran mayor interés en el trabajo de los historiadores ecuatorianistas, quienes desinteresadamente aportan al conocimiento de nuestro pasado y que por lo regular no reciben un adecuado estímulo de la parte ecuatoriana.

## Palabras finales

Al terminar este trabajo creemos necesario resumir en unas pocas líneas la evaluación historiográfica del último cuarto de siglo.

La sola cantidad de información que hemos debido recoger para emprender el presente ensayo –pese a tratarse de una información inevitablemente incompleta– revela ya que estamos ante un gran salto cuantitativo de la historiografía ecuatoriana. Nunca antes se había producido tanto durante un período similar. Nunca antes se había incursionado en tantos temas o se habían formulado tan variadas interpretaciones teóricas. Nunca antes había existido un número tan grande de personas dedicadas a la investigación histórica. Nunca se había publicado tanto.

También el salto cualitativo ha sido notable, aunque lamentablemente inferior al cuantitativo. Sin embargo, es irrefutable que ese salto de calidad se ha producido en el último cuarto de siglo y que sus manifestaciones más evidentes son las siguientes:

- a) La generalizada superación del ‘culto a los héroes’ como vocación y de la biografía como género, y su sustitución por una visión crecientemente científica de la historia, expresada en numerosos estudios acerca de la estructura socio-económica y de los procesos vinculados a ella (sociales, económicos, culturales, demográficos), o en investigaciones sobre la coyuntura y sus fenómenos.

- b) El abandono del anterior ejercicio historiográfico, las más de las veces limitado al ‘refrito’ de datos ya conocidos y a la glosa de opiniones ajenas, y el surgimiento de un renovado interés por la investigación histórica, por ese “regreso a las fuentes de la historia” por el que clamaba Gabriel Cevallos García a fines de los años cincuenta (1957 t.1: 11).
- c) La superación del relato cronologista, de los grandes ‘nudos historiográficos’ y del empirismo metodológico, en beneficio de la reflexión histórica, la ampliación de la temática y el desarrollo de una verdadera actitud científica, que implique la formulación de una teoría de la historia cifrada en nuestras propias realidades.
- d) La presencia de una ‘historia crítica’ o revisionista en el lugar que antes ocupaba la ‘historia oficial’, y la generalizada preocupación por investigar la historia de los sectores sociales marginados (clases, etnias), de las regiones olvidadas y de los períodos poco conocidos.

Desde luego, el desnivel existente entre la cantidad y la calidad de la actual historiografía ecuatoriana no es un asunto atribuible a la voluntad personal de los historiadores. Muchas circunstancias han determinado que esto fuera así y no de otro modo ni de mejor manera. Entre ellas se destacan algunas que no queremos soslayar y que son las siguientes:

- a) La poca preocupación del Estado y los poderes públicos por los asuntos de la investigación histórica, lo que contrasta penosamente con la verborrea historicista de que, en general, hacen gala todos los políticos y gobernantes ecuatorianos (no hay centros de investigación, no hay becas de investigación, no hay una política de investigación).
- b) La lamentable situación en que se hallan los archivos públicos ecuatorianos, que, como el Archivo Nacional de Historia, carecen hasta de un local propio y viven arrimados a la sombra de otras instituciones (en este caso, de la CCE). Adicionalmente, el Sistema Nacional de Archivos sólo existe en la letra de la ley que lo creó, pues carece de recursos para recoger, catalogar y poner en uso, en todo el país, los fondos documentales cuya protección le ha sido legalmente encargada.
- c) La prolongada crisis académica de las universidades nacionales, que, salvo honrosas excepciones, se hallan del todo imposibilitadas



para formar historiadores o para sostener una coherente política de investigación histórica y de publicaciones.

- d) La falta casi total de condiciones para la profesionalización de los historiadores, cuya labor es vista por el público, y en primer lugar por el Estado, como una erudita tarea recreativa que no necesita ni merece remuneración alguna. (Todavía es común que las instituciones, periódicos, revistas, etc., nos inviten a dictar una conferencia o escribir un artículo sin sentirse en la obligación de pagar por ello).

Frente a escollos tan grandes y aparentemente insalvables, poco es lo que personalmente pueden hacer los historiadores, quienes ya tienen bastante con darse modos para asegurar su supervivencia en medio de la crisis económica, porque, como se sabe, el oficio de historiador no es económicamente redituable. Corresponderá, pues, a las organizaciones gremiales, y en primer lugar a la Asociación de Historiadores del Ecuador -ADHIEC-, el esfuerzo por cambiar esta situación y alcanzar para los historiadores del país, condiciones adecuadas de trabajo profesional.

En fin, es a la sombra de este panorama crítico que debe valorarse el aporte científico de los historiadores ecuatorianos contemporáneos. Sinceramente, creo que su entrega a la historiografía del país ha sido notable y que, si se remueven los escollos señalados, puede ser inmensamente mayor. Pero esa es ya una tarea de futuro.

**Bibliografía**

Cevallos García, Gabriel

1957 *Reflexiones sobre la historia del Ecuador*. Cuenca.

Crespo Rodas, Alberto

1989 *Tiempo contado*. La Paz: Editorial Juventud.

Jijón y Caamaño, Jacinto

1920 *Política Conservadora*. Riobamba: la Buena prensa conservadora.

Jiménez de la Espada, Marcos

1987 *Relaciones Geográficas de Indias*. Madrid: Ministerio de Fomento.